

Mis ángeles se despiertan;
abren las alas, y prontas
desaparecen. Yo quedo
conmigo, en mi asiento, á solas.
Otro á la niña siguiera;

yo vacilo... ¡Y me la roban!
La vida es también un viaje
para aquel que, larga ó corta,
la pasa soñando siempre
sin atreverse á otra cosa.

LA VIA LÁCTEA

Una noche, mirando las estrellas,
así les pregunté: —«¿No sois dichosas?
Vuestras límpidas luces son muy bellas;
pero tienen ternuras dolorosas.

»Sois para mí, poeta visionario,
vírgenes puras como blancos lirios,
que forman un cortejo funerario
en procesión de innumerables cirios.

»¿Orando vais por la extensión vacía?
¿Os aquejan afanes y dolores?
No son vivos destellos de alegría,
son lágrimas de luz vuestros fulgores.

»Abuelas sois de todas las criaturas
y de los dioses, pálidas estrellas;
¿por qué sufrís tristezas y amarguras?»
—«Estamos solas,» contestaron ellas.

»Vogamos unas de otras muy lejanas,
aunque brillamos juntas á tu vista.
¿De qué nos vale ser todas hermanas?
La soledad odiosa nos contrista.

»La llama en la que estamos siempre ardiendo
se pierde en nuestras órbitas distantes.»
Y yo les dije entonces: —«Os comprendo,
porque sois á las almas semejantes.

»Lejos de sus hermanas, sola y triste,
nuestra alma, cual vosotras, vive ansiosa;
y el fuego abrasador que en ella existe
arde infecundo en noche tenebrosa.»

LA MUJER

El hombre fué creado; pero estaba
solo, y sentía indefinible anhelo
al admirar el mundo. «¿De qué sirven,
pensaba, las bellezas que contemplo,
si abrazarlas no logro? Verdes frondas
que mece el aura, nubes que los vientos
leves impulsan, cuanto miro en torno
me es imposible asirlo. Siempre ajeno
es todo para mí; no puedo amarlo,
y ansío amar algo, que á nombrar no acierto.»

A la aurora pidióle una mirada,
á las purpúreas rosas un aliento,
una caricia á las inquietas brisas,
y una voz, un suspiro dulce y tierno
á la selva. Las flores de las lilas
que agita acaso un pájaro en su vuelo
rozaron su mejilla, y conmovido
sintió emoción embriagadora; pero
no se extinguió el afán que en su alma hervía,
y buscó, sin pensarlo y sin saberlo,
lo que faltaba á su total ventura,
el sumo bien del ignorado beso.

Un día, la feraz Naturaleza,
de todos los encantos y portentos
que él absorto admirara, un ramillete
animado formó, por el supremo
hechizo juvenil embalsamado,
y lo ofreció á sus ojos. El, al verlo:
«¡Oh mujer, ven á mí!,» gritó al instante.
«Ven á mí; nada Dios hubiera hecho
si sólo hiciera la galana rosa.
La rosa recibió vital aliento,
y lo que era una flor, son hoy tus labios.
Las luces esparcidas en los cielos
concentró en tus pupilas, y tus ojos
arden y centellean. Tus cabellos
con el oro formó de las espigas
y el brillo de las ondas. Para espejo

de tu alma pura y buena, dió á tu frente
la nitidez de un lirio puro y nuevo,
al que llamó candor; y la suave
vibración de las ramas, el inquieto
ondular del arroyo, el curso leve
de las nubes, el blando movimiento
de los donaires y las gracias todas,
dió á tus caricias y al amable juego
de tu dulce reir. Buscó en las flores
las sonrosadas tintas, y tu cuerpo,
móvil, cual ellas son, de nieve y rosa
bañó, y así, mujer, cuanto hay de bello
en la tierra, en el mar y en la azul cumbre,
más brillante y más puro en ti lo encuentro.»

EL BÚCARO ROTO

El búcaro en que muere esa flor pura,
un golpe de abanico lo quebró;
y tan ligera fué la rozadura,
que ni el más leve ruido se advirtió.

Pero la breve, imperceptible grieta,
con marcha lenta y precisión fatal,
prosiguiendo tenaz su obra secreta
rodó todo el circuito del cristal.

El agua fué cayendo gota á gota,
y la espléndida flor marchita veis;
aunque nadie lo sabe ni lo nota,
roto el búcaro está: ¡no lo toquéis!

Así, á veces, la mano más querida
nos roza sutilmente el corazón,
y lenta se abre su secreta herida,
y se mustia la flor de su ilusión.

Todos lo juzgan sano, entero, fuerte;
mas la oculta lesión creciendo va.
Nadie su mal desconocido advierte;
pero no lo toquéis: ¡roto está ya!

CELOS

¡No me quejaré! Reprimen
su trémula voz los celos,
y sus lágrimas de sangre
las derraman en silencio.

Dichosos, sin poesía,
vivan juntos largo tiempo,
y un amor siempre tranquilo
les ablande el nupcial lecho.
Goce él de ella, bien seguro,
por la fuerza de sus derechos,
sin peligro de repulsas,
sin las ansias del deseo,
sin el atán delirante
que con abrazos de fuego
quiere asir vanas imágenes
desesperado y frenético.

Pero la edad, arrugando
el rostro y envejeciéndolo,
sus dulces risas apague,

hiele sus cálidos besos;
y ofrezcan los rizos canos
y los ojos macilentos
á los cansados sentidos
la repulsión del invierno.

Para mí llegará entonces
el anhelado momento,
y le diré: «¡Siempre os amo;
siempre por vos lloro y peno.
Tomad, tomad el tesoro,
que os he guardado en secreto:
vuestra florida belleza,
vuestros abriles risueños,
vuestras sonrisas, el oro
de vuestros blondos cabellos,
vuestra pasada ventura,
que depositó en mi pecho
aquel primer amor mío
paciente, invencible, eterno!»

¡SI HABLARTE YO PUDIESE!

Si hablarle yo pudiese, le diría:
«Es vuestra, sí; para ella el alma mía
no guarda ya ni un resto de amistad.»
Se extinguió mi pasión, tan mal pagada;
pero es débil, nerviosa, delicada...
¡Tratadla con cariño, por piedad!

Escuchadme sin dudas ni recelos.
Su fantasía, en caprichosos vuelos,
apenas si rozó mi corazón.
Al rechazar—¡lo sé!—su mano es dura;
mas es, para el amor, toda ternura.
¡Oh, no la hagáis llorar, por compasión!

Si hablarle yo pudiese, le diría:
«Es triste y soñadora; cada día
llevadle flores, y si puede ser,
florechillas campestres, más que rosas.»
Se ve mejor en las pequeñas cosas
que en las grandes, la fuerza del querer.

Fuérame aún dulce la pesada vida
si pudiera saber que ella es querida
como yo la quisiera, y algo más.
¡Oh pérfida mujer, un tiempo amada!
Por tu felicidad no puedo nada:
¡esa es la única pena que me das!

LOS OJOS

Negros ó azules, bellos y queridos,
¡cuántos ojos brillar vieron la aurora!
En el negro sepulcro están dormidos,
y siempre el nuevo sol los cielos dora.

Amorosas las noches más que el día,
¡á cuántos ojos han embelesado!
Las estrellas fulguran todavía,
y los ojos de sombra se han llenado.

Su vívido mirar ¿está ya muerto?
¿Apagada su luz? ¡No, no es posible!
A otra parte esos ojos se han abierto;
á lo eterno, á lo ignoto, á lo invisible.

Las estrellas se ocultan; mas el paso
siguen por otro cielo, y no se trunca.
Las pupilas también tienen su ocaso;
pero no mueren ni se apagan nunca.

Negros ó azules, bellos y queridos,
los ojos á otro sol se abren también.
Parece que en la tumba estén dormidos;
pero, al cerrar los párpados, aún ven.

SURSUM CORDA

Si los astros radiantes de los cielos,
que tu prodigio son, Naturaleza,
escapando á la mano que los guía,
en espantoso choque sucumbieran;

Si como buques naufragos, que abisma
en las lóbregas olas la tormenta,
todos esos celestes luminaires
se hundiesen poco á poco en las tinieblas,

Repoblar tu podrías el espacio
con luces más brillantes y más bellas,
dando fuego á sus fúlgidas antorchas
en nuestra pobre tierra.

Podrías devolver al firmamento
su claridad espléndida,
sacudiendo en el fondo de las tumbas
las humanas cenizas que hay en ellas;

Cenizas de infinitos corazones
que si están sepultadas, no están muertas,
y aún en la fosa, de su amor eterno
no apagaron la hoguera.

¡Qué tesoro de llamas no extinguidas,
de chispas que en la sombra aún centellean,
acumularon bajo el duro suelo
seis mil años de exequias!

¡Cuántos rayos de luz, ahora invisibles,
duermen en las negruras de la huesa!
En el polvo inmortal de las pasiones,
¡qué semilla de soles y de estrellas!

Apáguese en la bóveda infinita
el sol deslumbrador que en ella reina;
y tú con los relámpagos del genio,
nuevo sol nos darás, que al otro venza.

Para formar constelaciones de astros
que cual limpios diamantes resplandezcan,
agruparás en áureas nebulosas
cuanto felices los amantes sueñan.

Los luceros que brillan solitarios
en el sombrío azul con luz intensa,
los harás con aquellos corazones
que fuego más intenso reconcentran.

Y la pálida vía de los cielos
que á un arroyo de leche se asemeja,
con la luz de las almas candorosas
apagada en su hermosa primavera.

Si á la estrella hermosísima de Venus
volver quieres su luz, para encenderla
busca el fiel corazón en que la diosa
avivó llamaradas más violentas.

Y los nobles espíritus que nunca
en ardua lid acobardados cejan,
en el Zodiaco los pondrás, en donde
encadenados los Titanes fueran.

Yo mismo en la infinita muchedumbre
de los que ya no son, grano de arena,
si ha de brillar en el futuro cielo
lo que haya en mí de inextinguible esencia,

Haz surgir de mis pálidas cenizas
astro radiante, que rival no tenga.
El fuego de mis años juveniles
á un sol que luzca sobre todos, presta.

Y si has de dar sus rojos resplandores
á Sirio, vencedor de las tinieblas,
toma en mi corazón la sangre toda
para que más su púrpura se encienda.

EN LA CALLE

I

Seis percherones, iguales,
blancos, enormes, repleto
de avena el vientre, arrastraban
un roble en el turbulento
Arrabal de San Antonio.
Temblaban, al cabeceo
de la marcha, sus ya mustias
ramas, y en el duro suelo
bajo las ruedas se hundían
las fuertes losas crujiendo.
El rumoroso follaje
barría la calle, envuelto
en sucias nubes de polvo.
Rechinaban con lamentos
agudos el carromato
y las cadenas de hierro
que duras aprisionaban
el tronco del árbol muerto.
Y todos los transeuntes,
el trabajador, de recios
nervudos brazos, el pálido
menestral, la del voceo
atronador, vendedora
errante, el audaz pilluelo,
borrachín de catorce años,
todos los que el hado adverso
lanza al arroyo, miraban
aquel árbol gigantesco,
y la carreta seguían.
Era como un bosque entero
que pasaba; y oprimía
los corazones el verlo,
vibrando sus frondas pálidas
con sus últimos alientos.
¡Adiós, pájaros canoros!
¡adiós, ráfagas de viento!
Como el órgano sagrado,

en cuyo grave silencio
aún misteriosas y ocultas
palpitan voces del cielo,
late un alma todavía
en sus vibraciones; pero
ya el hacha le ha condenado
á un interminable invierno.
Cortó su tronco robusto
á cercén; al descubierto
los innumerables círculos,
signos de sus años ciertos,
dejó, y puso al tenebroso
festín de su vida término.
Aún sus raíces ocultas
sorben, cual hidra sin cuerpo,
de la tierra en las entrañas
inútiles alimentos,
mientras, exhausto de savia,
inerte, exánime leño,
para la sed que le ahoga,
piensa en el aire, en el cielo,
en las nubes, que á la lluvia
dan sus raudales benéficos.
Le irrita el carro que arrastra
su cadáver, y aquel séquito
de la multitud curiosa,
impertinente, á él, que en medio
del bosque vivió, mil años
robusto, inmóvil, enhiesto.
Sin temblor ni sacudidas,
cual fuerte pilar que el templo
sustenta, los huracanes
dejó pasar impertérrito
sobre la frente, y en perlas
destiló los aguaceros
sobre el musgo, indestructible,
invicto, imperecedero,
en Julio, negro fantasma,
en Diciembre, blanco espectro.

II

¿Por qué seguimos á ese árbol
callados y á pasos lentos?
¿Nos inspira algún remoto
y obscuro remordimiento?
Algo de Driada tiene
toda mujer, y allá adentro
algo de Sátiro el hombre.
Al aspirar nuestro pecho
el acre olor de las selvas,
selváticos nos volvemos.
Azotados por un látigo
incesante, prisioneros
de la ciudad, anhelamos
pórticos verdes, do el eco
blando espire, y trocaríamos
el oro, maldito precio
de labor servil, por flechas
voladoras y arco tenso;
por la errante cacería,
que hace más profundo el sueño.

¡Aún son las ramas columpios!
¡Aún son los céspedes lecho!
Vamos allá; los trillados
caminos abandonemos,
y las fuentes murmurantes
nos darán ambiente fresco
para calmar esta fiebre
de andar, que llaman progreso,
y á todos, trabajadores
iguales, aunque diversos,
pues si uno enciende la antorcha,
otro al yunque forja el hierro,
nos impulsa y nos arrastra,
cegados por igual vértigo,
cual si enterrar la Edad de oro
en honda tumba quisiéramos.

III

¡Naturaleza indomable!
¡Loca humanidad! ¡Tan viejo
no eres como tú imaginas,
iluso y cándido pueblo!

Si en tus labios la nodriza
pone el pezón, al momento
buscas, niño destetado
la antigua leche famélico.
Piensas que renace aquella
edad en que los mancebos
y las doncellas bailaban
desnudos; en que el derecho
y el deber no conocían
ley ni jueces. Aquel tiempo
y aquellas selvas perdidas,
es lo que cantas quimérico,
cuando la audaz *Marsellesa*
entonas á voz en cuello.
Mal domado todavía,
cual lobo en la jaula preso,
odias el yugo. Ten calma;
tu rey serás y tu dueño.
Sobre alcázares hundidos
quieres danzar, loco y ebrio;
aguarda!; sé ciudadano,
y otros, más grandes y bellos,
alzarás para ti mismo.
Si quieres ser libre, el fuego
de tus cóleras de antaño
trueca en patriótico afecto.
Los ensangrentados árboles
que en las plazas se alzan téticos,
nunca te darán la ansiada
libertad, que ven tus sueños
en los bosques. Desde el día
en que la lira de Orfeo
humedeciendo tus ojos
te arrastró, indeciso, trémulo,
de las primitivas selvas
á los campos, y el objeto
te mostró del curvo arado,
de los muros, del arreo
de combatir, y del pacto
que uniendo el común esfuerzo,
por librarse de los malos,
hubieron de hacer los buenos,
fuiste esclavo. Pero fuiste
más digno. Aquel cautiverio,

tus mil brazos, adiestrados,
unió para el mismo empeño.
Cual los olivos silvestres,
que en abonado terreno
y en largas y estrechas filas
planta el labrador experto,
todos los frutos juntaste,
y conociste su precio.
Si á ese yugo útil y santo
infamia y oprobio dieron
conquistadores y déspotas,
crece y sube con el lento
impulso de la marea,

y al tirano más soberbio
derrumbarás, cual las rocas
derrumba y traga el Océano.
Mas tu libertad primera
no llores, ni echés de menos.
Fauno ayer, muéstrate hombre
al roble que estás hendiendo;
hiere y bendice dos veces
á ese hospitalario leño,
albergue rústico un día
de tus incultos abuelos,
palacio hermoso mañana
para tus felices nietos.

MI PROMETIDA

La esposa, la adorable compañera
destinada á llenar el alma mía,
sé que ha nacido ya, sé que me espera;
pero no la conozco todavía.
Su vida ciñen en angosta esfera
el deber y la edad. Es su morada
un cuartito muy fresco y aliñado,
y allí da sus lecciones aplicada
sin perderla su madre de su lado.
Seguid esa tarea meritoria;
habladle mucho, oh madre, del Dios bueno
y de todos los Santos de la Gloria.
Hacédmela creyente convencida,
y cuando oiga sonar el primer trueno
encienda la candela bendecida.
Quiero que sea grave y recogida;
cuanto más dulce y fiel, más me acomoda.
Yo, para defenderla—¡esa es mi palma!—
tengo mi sangre toda;
para amarla y servirla, toda el alma.
¡Prometida invisible! Ya te adoro
en tu retiro oculto,
y ante el ara nupcial te rindo culto.
De todo tu pasado soy el dueño,
aunque tu nombre ignoro.